



# MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

XXIV

Cumplí veinticinco años y me dediqué unas horas a repasar los lugares del mundo donde era famosa. No eran los suficientes. Aunque por mi vida habían pasado los hombres más importantes del momento, tanta riqueza de conocimientos no se había traducido en nombradía pública. Me conocían algo en París, en Londres. Un periodista parisién me había calificado como La Bella Encarna, y el nombre me había quedado, pero sin poder competir con otras luminarias. Algo había fallado. Tal vez la presencia de una madre estimulante que tanto había aupado a otras estrellas. Tal vez un marido-«manager», que guiase mis pasos y me avisara de los tropezones.

Pero el día de mi balance lo que más me apenaba era no ser madre. No haber abierto nunca mis entrañas para que creciera en ellas un hijo carne de mi carne y sangre de mi sangre. A veces me había acuciado la tentación de buscar un padre digno de mi hijo. Pero, ¿qué característica debía ser la dominante? La belleza la ponía yo, pero el padre, ¿qué ponía?

Inteligencia. El tópico de siempre. La mayor parte de hombres inteligentes que he conocido todo lo hacían con la cabeza: desde el comer hasta el amor. Y así les salía. Yo no quería que mi hijo naciera discapacitado, en todo los sentidos que hoy día tiene esta asquerosa palabra.

¿Fuerza física? Tal vez era una virtud muy necesaria, como habían de-

mostrado los tiempos duros que Europa acababa de vivir. Había un clima de inquietud, y los fuertes sobrevivían en casi todos los jaleos. Pero, ¡qué torpes a la hora de acariciar con el tacto de los dedos y los ojos! ¡Cuán necesitados están siempre los fuertes de que otros les lleven la contabilidad de las ideas, los sentimientos y los dineros!

¿Sensibilidad artística? Miau. Un poco, bueno; pero un mucho produce esos seres humanos sin esqueleto ni culo, que van por el mundo maravillándose de los crepúsculos, las pinturas, los versos y todas las caprichosas formas de la Naturaleza. Sin quedarse nunca en ningún tiempo y lugar, en ningún hueso de verdad, en ninguna carne.

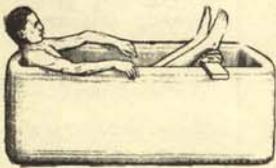
¿Una síntesis? ¿Dónde? ¿Dónde se encuentran síntesis de esta clase?

Difícil garantizar que mi ángel naciera genéticamente irreprochable, y, en estas condiciones, ¿valía la pena encargarlo?

Nunca tuve respuesta a esta pregunta, porque cuarenta y ocho horas después una comadrona de Barcelona me decía: «Qué peso aquí, ni qué narices. Lo que tienes tú es un "preñao" de burra sandunguera».

¿Quién? ¿Quién? Esta seguía siendo mi pregunta, aunque mucho más condicionada por la fatalidad de los hechos.

(Continuará)



## LIBROS DE RECLAMACIONES

Quando me desperté en el hotel de cinco estrellas encontré una cucaracha a los pies de la cama. Me vestí y bajé corriendo a Conserjería. Pedí el libro de reclamaciones. Me mandaron a Recepción. Pedí el libro de reclamaciones. Me mandaron a Dirección. Pedí el libro de reclamaciones. Me dijeron que el director no estaba y que él tenía el libro de reclamaciones guardado bajo llave y que este señor estaba en un congreso en Alemania.

Pedí el libro donde reclamar que el director se marchara dejando guardado bajo llave el libro de reclamaciones. Me dijeron que ese libro de reclamaciones lo encontraría en la Delegación.

Me fui a la Delegación. Pero ya eran más de las dos y estaba cerrado. Reclamé al portero. Me dijo que él no tenía nada que ver con la Delegación, que lo suyo era lo suyo.

Llamé al INDIME. Me dijeron que si la cucaracha estaba dentro de una botella de leche sí que me mandarían el libro de reclamaciones. Pero les contesté que no, que estaba a los pies de la cama. Me dijeron que nada podían hacer.

Volví al hotel. Y ahora les agradezco a todos que tengan tanta pereza para entregar el libro de reclamaciones. Sí yo les contare todo lo que se puede hacer a solas, en la habitación de un hotel de cinco estrellas, con una cucaracha...

COCO

